

LIBRO TERCERO

EL CIENO, PERO EL ALMA

I

LA CLOACA Y SUS SORPRESAS

Juan Valjean se hallaba pues en la gran cloaca de París. Una semejanza más de París con el mar. Como en el Océano, también aquí el buzo puede desaparecer.

La transición era inaudita. En el centro mismo de la ciudad, Juan Valjean había salido de la ciudad, y, en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo de levantar una tapadera y de volverla á colocar en su puesto, había él pasado, del claro sol, á la oscuridad más completa, de mediodía á media noche, del estrépito al silencio, del torbe-

llino de truenos y rayos á la estagnacion de la tumba, y, por una peripecia mucho más prodigiosa aún que la de la calle de Polonceau, del peligro más extremo á la seguridad más absoluta y completa.

Caió brusca en un silo; desaparicion en los antiguos calabozos de París; abandonar aquella calle donde la muerte se hallaba en todas partes, por esta especie de sepulcro donde encontraba la vida, fué un instante extraño. Así que permaneció algunos segundos como aturrido, escuchando estupefacto. El escotillon providencial, la trampa de salvacion, se habia abierto súbitamente bajo sus piés. La bondad celeste le habia cogido en cierto modo á traicion. ¡ Adorables emboscadas de la Providencia!

Sólo que el herido no se movía, y Juan Valjean ignoraba si lo que él conducía á cuestras, al traves de aquella fosa, era un vivo ó un muerto.

Su primera sensacion fué de completa ceguera. De repente se encontró sin ver nada, absolutamente nada. También se le figuró que en un minuto se habia vuelto sordo. Ya no oía nada. La frenética tempestad de carnicería que se desencadenaba á algunos piés de distancia, por encima de su cabeza, no llegaba hasta él, segun hemos dicho, gracias al espesor de la tierra que le separaba de la escena exterior, sino de un modo indistinto y apagados ya sus sonidos, como se oye un rumor en una profundidad. Sentia bien que el terreno bajo sus piés estaba sólido. y nada más; pero esto le bastaba. Extendió un brazo, y despues el otro, y tocó la pared por uno y otro lado, reconociendo que el corredor era estrecho; resbaló los piés por el suelo y notó que las losas estaban mojadas. Avanzó un pié con precaucion, temiendo hallar un hoyo, algun sumidero, algun abismo; y se persuadió de que el enlosado se prolongaba. Una bocanada de fetidez le advirtió muy pronto del sitio en que se encontraba.

Al cabo de unos instantes, ya no caminaba enteramente á ciegas. Un poco de luz caía del respiradero par donde él habia penetrado, y sus miradas se fueron acostumbrando á aquella cueva. En seguida comenzó á distinguir alguna cosa. El corredor en el cual se habia él soterrado. — pues ninguna otra palabra puede expresar mejor su situacion, — estaba murado detras de él. Era no de esos callejones sin salida que el idioma especial llama ramales. Delante de él, habia otro muro, un muro de noche. La claridad del respiradero concluía á diez ó doce pasos del punto en que se hallaba Juan Valjean, y comunicaba apénas una blancura pálida sobre algunos metros de la pared húmeda de la cloaca. Más allá, la opacidad era compacta: penetrar allí, parecia cosa horrible, y la entrada se asemejaba á un verdadero engullimiento. Sin embargo, podia uno muy bien engolfarse por entre aquellos muros de bruma, y era preciso hacerlo así en esta ocasion. Más aún, convenia apresurarse á ejecutarlo. Juan Valjean pensó desde luego que aquella verja, observada por él entre las piedras de la barricada, podia tambien ser vista por los soldados, y que todo dependia ahora de esta casualidad. Ellos tambien podian descender al pozo, y registrarle. Por consiguiente, no debia perderse ni un minuto siquiera. Durante este tiempo, habia él depositado á Marius en el suelo; le recogió, palabra que expresa tambien con propiedad este acto, volvió á cargar con él á cuestras, y se puso en marcha, penetrando resueltamente por aquella negra oscuridad.

Lo cierto es que estaban ellos ménos en salvo de lo que creía Juan Valjean. Peligros de otro género y no ménos grandes le esperaban tal vez. Despues del torbellino fulgurante del combate, la caverna de los miasmas y de las emboscadas; despues del caos, la cloaca. Juan Valjean habia caido desde un círculo del infierno en el otro.

Luégo que hubo dado como unos cincuenta pasos, le

fué preciso detenerse. Una cuestion surgió entónces para él. El corredor iba á parar á otro pasillo que encontraba en sentido transversal. En aquel punto se le presentaban dos vias. ¿Cuál de ellas deberia tomar: convendria tirar hácia la derecha ó hácia la izquierda? ¿Cómo orientarse en aquel negro laberinto? Aquel laberinto, segun lo hemos hecho notar ya, tiene un hilo conductor, su propio declive; seguir la pendiente, es caminar hácia el rio.

Juan Valjean lo comprendió al instante.

Dijo para sí que probablemente se hallaba en la alcantarilla de los mercados centrales; que si elegia la izquierda, siguiendo la corriente, llegaria ántes de un cuarto de hora á alguna desembocadura en el Sena, entre el puente del Cambio y el puente Nuevo, es decir, á una aparicion en mitad del dia y en el paraje más poblado de París. Tal vez iria á parar á una cañeria de cuatro esquinas ó de alguna plazoleta. en cuyo caso seria grande la sorpresa de los transeuntes, al ver á dos hombres ensangrentados salir bajo sus piés del seno de la tierra. Los agentes de policia no tradarian en presentarse, y el cuerpo de guardia inmediato se pondria al instante sobre las armas. Antes de salir, se hallaria ya preso. Era pues preferible engolfarse en aquel dédalo, fiarse á aquella negra oscuridad y entregarse en manos de la providencia con respecto á la salida.

Subió pues la pendiente, tomando hácia la derecha.

Cuando hubo dado vuelta á la esquina de la galeria, desapareció á su vista enteramente el resplandor del respiradero, y cayó de nuevo sobre él el manto impenetrable de la oscuridad dejándole ciego. Más no por eso cesó él de avanzar, y tan rápidamente como le era posible hacerlo. Habíase pasado los brazos de Marius al rededor de su cuello, dejando colgar los piés detras de él. Ambos brazos sujetaba con una mano, miéntras que con la otra iba tentando la pared. La mejilla de Marius tocaba á la suya

y se pegaba á ella con la sangre que iba cerramando. Sentia el correr sobre su cuerpo y penetrar bajo sus ropas como una corriente tibia que venia de Marius. Sin embargo, un calor húmedo, que recibia en su oreja, donde tocaba la boca del herido, indicaba la respiracion, y por consiguiente, la vida. El corredor por donde Juan Valjean caminaba ahora era ménos estrecho que el primero. Juan Valjean marchaba por allí con bastante trabajo. Las lluvias de la vispera no habian corrido aún del todo, formaban un pequeño arroyo en el centro del emhaldosado, y se veia en la necesidad de estrecharse contra la pared para no ir andando con los piés dentro del agua. Así iba penetrando paso á paso por aquellas regiones tenebrosas. Se asemejaba á los seres de la noche marchando á tientas en lo invisible, perdido en las venas de la sombra.

Sin embargo, poco á poco, bien fuese que algunos respiraderos lejanos enviasen tal cual resplandor flotante en aquella bruma opaca, ó bien que su vista se fuera acostumbrando á la oscuridad, volvió á experimentar como una vision vaga, y empezó de nuevo á darse cuenta confusamente, ya de la pared á la cual tocaba, ya de la bóveda bajo la cual iba pasando. La pupila se dilata en la oscuridad y acaba por encontrar en ella luz, á la manera que el alma se dilata en la desgracia y acaba por encontrar á Dios.

Dirigirse, era cosa asaz penosa y difícil.

El trazado de las alcantarillas refleja, por decirlo así, el trazado de las calles que le está sobrepuesto. En el París de aquella época habia dos mil doscientas calles. Esto basta para formarse una idea del bosque de ramales tenebrosos que constituye y se llama el alcantarillado de la ciudad. El sistema de alcantarillas que existia entónces, puesto en línea recta, habria dado una longitud de once leguas. Hemos dicho anteriormente que el alcan-

tarillado actual, merced á la actividad especial de los últimos treinta años, no cuenta ménos de sesenta leguas.

Juan Valjean empezó por engañarse. Creyó que se hallaba bajo la calle de Saint-Denis, y en verdad que era muy de sentir que no se hallase en aquel sitio. Con efecto, bajo la calle de Saint-Denis hay una antigua cloaca de piedra, que data del tiempo de Luis XIII, y que va directamente á la alcantarilla colectora que llaman la Grande-Alcantarilla, con un solo recodo, á la derecha, á la altura de la antigua Cour-des-Miracles y un solo ramal, la cloaca de Saint-Martin, cuyos cuatro brazos se cortan en cruz. Pero el ramal de la Petite-Truanderie, cuya entrada estaba cerca de la taberna de Corinto, no ha comunicado nunca con el subterráneo de la calle de Saint-Denis; sino que va á parar á la alcantarilla Montmartre, que era precisamente en la que se habia engolfado Juan Valjean. En aquella direccion abundaban las ocasiones de perderse. La alcantarilla Montmartre es una de las más complicadas del antiguo alcantarillado de París. Afortunadamente Juan Valjean habia dejado tras sí la alcantarilla de los mercados centrales, cuyo plano geométrico figura una multitud de masteleros de juanete encabestrados; pero tenía delante de sí más de un encuentro embarazoso y más de una esquina de calle, — pues aquellas son verdaderas calles, — ofreciéndose en la oscuridad cada una como un punto interrogante: en primer lugar, á su izquierda la vasta alcantarilla de la Plâtrière, especie de macana china avanzando y embrollando su cáos de T y de Z bajo la casa de Correos y bajo la rotonda de la lonja de los trigos hasta el Sena, donde termina en una Y; en segundo lugar, á su derecha el corredor curvo de la zalle del Cadran con sus tres dientes que son otros tantos callejones sin salida; en tercer lugar, á su izquierda, el ramal del Mail, complicado, casi á la entrada, con una especie de horquilla, y que va de zic-zac en zic-zac á parar á la

grande cripta exutoria del Louvre dividida en trozos y ramificada en todos sentidos; finalmente, á la derecha, el corredor sin salida de la calle de Jeûneurs, sin contar otros varios reductos acá y acullá, ántes de llegar á la alcantarilla del recinto, que era la única que podia conducirle á alguna boca de salida bastante lejana para que fuese segura.

Si Juan Valjean hubiera tenido alguna nocion de todo esto que acabamos de indicar aquí, muy pronto se habria persuadido, sin más que por el tacto de la pared, de que no se hallaba en la galería subterránea de la calle de Saint-Denis. En vez de la antigua piedra de sillería, en vez de la antigua arquitectura, altiva y régia hasta en los albañales, con su zampeado de emparrillado y sus hiladas en corriente de granito y argamasa de abundosa cal, la cual costaba á ochocientas libras la toesa, habria él notado al simple tacto la baratura contemporánea, el expediente económico, la piedra molar de sílice enfoscada con argamasa hidráulica sobre una capa de betun, que cuesta á doscientos francos el metro, es decir, la arquitectura, ó la albañilería *bourgeoise*, de yesones, ruderas, escombros, cascote, lo que llaman « pequeños materiales; » pero él no sabia nada de estas cosas.

Iba marchando siempre hácia adelante, con ansiedad, pero con calma, sin ver nada, sin saber nada. sumergido en el cáos y en el acaso. es decir, abismado en la Providencia.

Diremos sin embargo que, poco á poco, se iba apoderando de él cierto horror: la sombra de que se hallaba envuelto penetraba en su espíritu. Caminaba al traves de un enigma. Este acueducto de la cloaca es una cosa formidable; abunda en enercujadas vertiginosas. Es una cosa lúgubre el hallarse relegado á aquel París de tinieblas. Juan Valjean se veia obligado á encontrar y casi á inventar su camino, sin verle. En aquellas regiones desconocidas, cada paso que él arriesgaba podia ser el último. ¿Cómo

saldria de aquel sitio? ¿hallaria al fin una salida? ¿la hallaria á tiempo? aquella colosal esponja subterránea con alvéolos de piedra, ¿se dejaría acaso penetrar y traspasar? ¿se hallaria allí algun inesperado lazo de oscuridad? ¿se llegaria á lo inextricable y á lo inabordable? ¿Pereceria allí Marius de hemorragia y él de hambre? ¿acabarian por perderse ambos, y por formar dos esqueletos en un rincon de aquella noche sin fin? Él lo ignoraba. Preguntábase todo esto, sin poder darse respuesta alguna. El intestino de París es un precipicio. Como el profeta, tambien él se hallaba en el vientre del monstruo.

Bruscamente tuvo una sorpresa. En el instante más imprevisto, y sin haber dejado de caminar en línea recta, se convenció de que ya no iba subiendo; el agua del arroyo le golpeaba en los talones, en vez de darle contra las puntas de los piés. Era evidente que la alcantarilla ahora descendía. ¿Por qué? ¿es que iba á llegar de repente al Sena? Este peligro era grande, pero mayor era aún el peligro de retroceder. Continuó, pues, avanzando.

No era hácia el Sena hácia donde él marchaba. El caballote ó albardilla que forma el suelo de París en la orilla derecha, hace que una de sus vertientes vaya á desaguar en el Sena y la otra en la Grande-Alcantarilla. La cresta de esta albardilla que determina la division de las aguas dibuja una línea muy caprichosa. El punto culminante, que es el paraje de la division de las corrientes, está en la alcantarilla de Sainte-Avoye, más allá de la calle de Michel-le-Comte; en la alcantarilla del Louvre, cerca de los boulevards, y en la alcantarilla Montmartre, junto á los mercados centrales. Á este punto culminante, es al que habia llegado Juan Valjean. Por consiguiente, se dirigia hácia la alcantarilla del recinto; es decir, que llevaba el buen camino. Pero él nada de esto sabia.

Cada vez que se encontraba con un nuevo ramal, ten-

taba las esquinas, y si hallaba que la abertura de esta otra senda que se le presentaba era ménos ancha que el corredor por el cual iba caminando, no entraba en ella, y proseguia su marcha, juzgando con razon que toda via más estrecha debia ir á parar á algun ramal sin salida, y no podria ménos de alejarle de su objeto, es decir, de la salida. De esta manera evitó la cuádruple emboscada que le estaba preparada en la oscuridad por los cuatro dedalos que acabamos de enumerar.

En cierto momento reconoció que salia de debajo del París petrificado por el movimiento popular, donde las barricadas habian suprimido la circulacion, y que entraba bajo el París viviente y normal. De improviso sintió sobre su cabeza como un ruido de truenos, lejano, pero continuo. Era el rodar de los carruajes.

Ya hacia como una média hora que iba marchando, á lo ménos segun el cálculo que hacia él mismo, y aún no habia pensado en descansar un instante; lo único que habia hecho era cambiar la mano con que sostenia á Marius. La oscuridad era más profunda que nunca, pero esta profundidad le tranquilizaba.

De repente vió su sombra delante de él. Proyectábase en una débil claridad rojiza que empurpuraba vagamente el zampeado á sus piés y la bóveda sobre su cabeza, y que se deslizaba á su derecha y á su izquierda sobre las dos paredes glutinosas del corredor. Estupefacto, volvió la cabeza.

Detras de él, en la parte de la galeria que acababa de atravesar, á una distancia que le pareció inmensa, brillaba, radiado al traves de aquella espesa oscuridad, una especie de astro horrible que tenia trazas de estarle mirando.

Era la estrella sombría y siniestra de la policia que se levantaba en la alcantarilla.

Detras de aquella estrella se removian confusamente ocho ó diez formas negras, rectas, indistintas, terribles.

II

EXPLICACION

El día 6 de Junio, habíase ordenado una batida de las alcantarillas. Se temía que los vencidos las hubiesen tomado por refugio, y el prefecto Gisquet se propuso registrar y escudriñar el París oculto, mientras que el general Bugeaud barría el París público; doble operacion connexa que exigió una doble estrategia de la fuerza pública representada arriba por el ejército y abajo por la policía. Tres pelotones de agentes y de poceros exploraron las vias subterráneas de París; el primero en la orilla derecha, el segundo en la orilla izquierda, y el tercero en la Cité.

Los agentes iban armados de carabinas, de macanas, de espadas y de puñales.

Lo que en este momento se dirigía hacia Juan Valjean era el farol de la ronda de la orilla derecha.

Esta ronda acababa de visitar la galería curva y los tres ramales sin salida que hay bajo la calle del Cadran. Mientras que ella paseaba su linterna por el fondo de aquellos ramales, Juan Valjean había encontrado en su camino la entrada de la galería, y la había reconocido más estrecha que el corredor principal, por lo cual no había penetrado en ella, pasando hacia adelante. Al tiempo de salir de la galería del Cadran, los hombres de policía habían creído oír un ruido de pasos en la direccion de la alcantarilla del recinto. Eran, en efecto, los pasos de Juan Valjean. El sargento que hacía de jefe de ronda había alzado su linterna, y la escuadra se había puesto á mirar en la oscuridad hacia el lado de donde se sintió el ruido.

Fué este un momento terrible para Juan Valjean.

Afortunadamente, si él veía bien la linterna, la linterna le veía mal á él. Ella era la luz, y él la sombra. Él se hallaba muy lejos, y confundido con la negrura del sitio. Se arrinconó bien contra la pared, y se detuvo.

Por lo demas, no se daba él cuenta de lo que se movía allí, detras de él. El insomnio, la falta de alimento, las emociones, le habían hecho, á él tambien, pasar al estado de visionario. Veía un resplandor, y al rededor de aquel resplandor, unas larvas, unas fantasmas ó espectros. ¿Qué era aquello? Él no lo comprendía.

Habiéndose detenido Juan Valjean, el ruido había cesado.

Los hombres de la ronda escuchaban, y nada oían, miraban, y nada veían. En seguida se consultaron entre sí.

En aquella época había en este punto de la alcantarilla Montmartre una especie de plazoleta *de servicio* que se ha suprimido despues á causa del pequeño lago interior que el torrente de las aguas pluviales formaba allí, estancándose en las grandes tormentas. La ronda pudo agruparse en aquella plazuela.

Juan Valjean vió á aquellas larvas formar como un círculo. Aquellas cabezas de alanos se acercaron entre sí y cuchichearon.

El resultado de este consejo que allí tuvieron los perros de presa fué que se habian engañado, que no habia habido ruido ninguno, que por allí no habia nadie, que era inútil engolfarse en la alcantarilla del recinto, porque sería tiempo perdido, pero que era menester apresurarse á ir hácia Saint-Merry, que si habia algo que hacer y algun « bousingot » que rastrear, sin duda era en aquel barrio.

De vez en cuando suelen los partidos poner suelas nuevas á sus viejas injurias. En 1832, la palabra *bousingot* hacia el interim entre la palabra *jacobino* que estaba ya gastada, y la palabra *demagogo*, casi inusitada entónces, y que ha hecho despues tan excelente servicio.

El sargento dió orden de oblicuar á la izquierda, hácia la vertiente del Sena. Si hubieran tenido ellos la idea de dividirse en dos escuadras, y de ir en las dos distintas direcciones, Juan Valjean habria caido en su poder. Sólo de esto dependió el salvarse. Es probable que las instrucciones de la prefectura, previendo un caso de combate y los insurrectos en número; prohibian á la ronda el fraccionarse. Púsose, pues, la ronda en marcha, dejando tras sí á Juan Valjean. De todo este movimiento, Juan Valjean no distinguió nada sino el eclipse del farol que se volvió hácia atras súbitamente.

Antes de marchar, el sargento, queriendo descargar la conciencia de la policía, descargó su carabina hácia el lado que abandonaban, es decir, en la direccion de Juan Valjean. La detonacion fué rodando de eco en eco por la cripta como borborismo ó rugido de aquel titánico intestino. Un pedazo de cascote que fué á caer en el arroyo é hizo salpicar el agua á algunos pasos de Juan

Valjean, le advirtió de que la bala habia dado contra la bóveda, encima de su cabeza.

Durante algun tiempo resonaron unos pasos lentos y mesurados sobre el enlosado subterráneo, cada vez más amortiguados por el aumento progresivo de la distancia segun que se iban alejando; el grupo de las formas negras se engolfó, un resplandor osciló y flotó, formando en la bóveda un arco rojizo que fué decreciendo, despues desapareció, el silencio volvió á ser profundo, la oscuridad completa, la ceguedad y la sordera recobraron la posesion de las tinieblas; y Juan Valjean, no atreviéndose aún á moverse, permanecié largo tiempo respaldado contra la pared, atento el oído, la pupila dilatada, mirando cómo se desvanecía aquella patrulla de fantasmas.

III

EL HOMBRE SEGUIDO A LA DESFILADA

Á la policía de aquel tiempo es preciso hacerla la justicia de decir que, aun en las circunstancias y en las crisis públicas más graves, cumplía ella imperturbablemente su deber de inspección y de vigilancia. Una revuelta política no era á sus ojos un pretexto para dejar á los malhechores la brida sobre el cuello, y para abandonar a la sociedad por la razón de que el gobierno estaba en peligro. El servicio ordinario se hacía correctamente, á la par que el servicio extraordinario, y no se hallaba por este interrumpido ni perturbado. En medio de un incalculable acontecimiento político empezado, bajo la presión de una revolución posible, sin dejarse distraer por la insurrección y la barricada, un agente iba « siguiendo á la desfilada » á un ladrón, sin preocuparse de otra cosa que de esta parte importante del desempeño de sus funciones.

Algo parecido á esto era precisamente lo que pasaba en la tarde del 6 de Junio en las riberas del Sena, en el ribazo de la orilla derecha, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Ya hoy no existe allí el ribazo. El aspecto de aquellos lugares ha cambiado enteramente.

Sobre aquel ribazo, dos hombres separados por cierta distancia parecían observarse, procurando uno de ellos evitar al otro. El que caminaba delante trataba de alejarse, y el que iba detras por acercarse á él.

Parecía aquello una partida de ajedrez que jugaban de lejos y en silencio. Ni el uno ni el otro tenían trazas de apresurarse, ambos andaban despacio, como si cada uno de ellos temiera hacer, por darse demasiada prisa, que su pareja redoblara el paso.

Driase que era un apetito persiguiendo una presa, sin tener intención de hacerlo expresamente. La presa era solapada y se mantenía en guardia.

Observábanse entre ellos las debidas proporciones que se observan entre la fuina hostigada y el alano perseguidor. El que procuraba escapar tenía escasa talla y un rostro de mezquina apariéncia; el que trataba de darle alcance, mozo de elevada estatura, era de rudo aspecto, y debía ser de rudo encuentro también.

El primero, sintiéndose más débil, evitaba al segundo; pero le evitaba de una manera profundamente furiosa; el que hubiera podido observarle, habría visto pintadas en sus ojos la sombría hostilidad de la fuga y toda la amenaza que hay en el temor.

El ribazo estaba solitario; no había transeunte ninguno; ni siquiera un barquero ni un descargador se veían en los barquichuelos que se hallaban allí amarrados.

Aquellos dos hombres no podían distinguirse con facilidad sino desde el muelle de enfrente; y para quien

los hubiera examinado á tal distancia, el hombre que iba delante le habria aparecido como un sér arisco, desarrapado y oblicuo, inquieto y tiritando bajo una blusa hecha jirones; y el otro como una persona clásica y oficial, que llevaba puesta la levita de la autoridad abotonada hasta la barba.

Si los viese más de cerca, el lector reconoceria tal vez á estos dos hombres.

¿Cuál era el objeto del último?

Probablemente el de poder vestir al primero de un modo más abrigado.

Cuando un hombre vestido por el Estado persigue á otro hombre envuelto en andrajos, se propone hacer de él tambien un hombre vestido por el Estado. En el color del traje es en lo que está toda la cuestion. Ser vestido de azul, es glorioso; ser vestido de encarnado, es desagradable.

Existe una púrpura de las bajas regiones.

Algun desagrado, probablemente, y alguna púrpura de esta especie era lo que el primero deseaba esquivar.

Y si el otro le dejaba marchar delante y no se apoderaba de él aún, era, segun toda apariencia, con la esperanza de verle llegar á alguna cita significativa y á algun grupo de buena presa. Esta delicada operación se llama « la desfilada. »

Lo que da visos de probabilidad á esta conjetura, es que el hombre abotonado, como notase desde el ribazo un coche vacío que pasaba por el muelle, hizo seña al cochero; el cochero comprendió reconoció sin duda alguna con quién tenia que habérselas, volvió riendas á los caballos, y se puso á seguir, al paso, á los dos hombres desde lo alto del muelle. Esta circunstancia no fué notada por el haraposito y siniestro personaje que marchaba delante.

El carruaje iba rodando á lo largo de los árboles de los

Campos Eliseos; en términos que por encima del parapeto se veía pasar el busto del cochero, con su látigo en la mano.

Una de las instrucciones secretas de la policía á los agentes contiene este artículo: — « Tener siempre á la » mano un coche de plaza, por si acaso. »

Sin dejar de maniobrar cada uno por su parte, con una estrategia irreprochable, aquellos dos hombres se fueron acercando á una cuesta del muelle que descendia hasta el ribazo y que permitia entónces á los cocheros de plaza que venian de Passy el bajar al rio á dar de beber á sus caballos. Aquella cuesta ha sido suprimida despues, en obsequio á la simetría; los caballos revientan de sed, pero la vista está lisonjeada.

Era verosímil que el hombre de blusa iba á subir por aquella cuesta, á fin de probar á escaparse por los Campos Eliseos, sitio poblado de árboles, pero en cambio muy cruzado de agentes de policía, y donde el otro tendria fácilmente quien le prestase auxilio.

Este punto del muelle dista muy poco de la casa que desde Moret trajo á París en 1824 el coronel Brack, y que es conocida bajo el nombre de la casa de Francisco I. Muy cerca de allí hay un cuerpo de guardia.

Con grande sorpresa de su observador, el hombre perseguido no tomó por la cuesta del abrevadero; sino que continuó hácia adelante sobre el ribazo á lo largo del muelle.

Su posición se iba haciendo visiblemente cada vez más crítica.

Á ménos que no se arrojara al Sena, ¿qué es lo que iba él á hacer?

Á partir de aquel sitio, ya no se le ofrecia ocasion ninguna más adelante de subir al muelle, no habiendo más cuesta ni tampoco escalera ninguna; y se hallaban á la sazón muy próximos al punto marcado por el recodo del Sena hácia el puente de Iéna, donde el ribazo, cada vez más

estrecho, terminaba en una lengua delgada é iba á perderse bajo el agua. Allí iba él inevitablemente á encontrarse bloqueado entre la pared perpendicular á su izquierda, el río á su derecha y al frente, y la autoridad sobre sus talones.

Es verdad que este final del ribazo se hallaba oculto á la vista por un monton de escombros de seis á siete piés de alto, producto de no se sabe qué demolicion. Pero es que acaso aquel hombre esperaba esconderse útilmente detras de aquel monton de cascotes que bastaba rodearle para ser descubierto? El expediente habria sido pueril. De seguro que no pensaba él en semejante cosa. No raya nunca tan alto la inocencia de los ladrones.

El monton de escombros formaba á orillas del agua una especie de eminencia que se prolongaba en promontorio hasta la muralla del muelle.

El hombre perseguido llegó á esta pequeña colina y la dobló, en términos que dejó de ser visto por el otro.

No viendo este, claro es que no era él visto tampoco por el de la blusa; de cuya circunstancia se aprovechó en seguida para abandonar todo disimulo y marchar muy rápidamente. En pocos instantes se halló junto al monton de escombros, al cual dió vuelta. Hecho esto, quedó estupefacto. El hombre á quien perseguia no estaba ya allí.

Eclipse total del hombre de blusa.

Á partir del monton de escombros, el ribazo no tenia sino una longitud como de treinta pasos, y despues se sumergia bajo el agua que venia á azotar la pared del muelle.

Imposible era que el fugitivo se hubiera arrojado al Sena ni escalado tampoco el muelle sin ser visto por el hombre que iba en su séguinto. ¿Qué habia venido á ser de él?

El hombre de la levita abotonada anduvo hasta la extremidad del ribazo, y permaneció allí un momento pensativo, con los puños convulsos y la vista huroneando en todas direcciones. Desúbito se dió una manotada en la frente.

Acababa de distinguir, en el punto en el cual concluia la tierra y empezaba el agua, una verja de hierro grande y baja, cimbrada y guarnecida de una gruesa cerradura y de tres goznes macizos. Aquella verja, especie de gran poterna horadada por bajo del muelle, se abria hácia el río lo mismo que hácia el ribazo. Un arroyo negruzco pasaba debajo. Este arroyo iba á desaguar en el Sena.

Más allá de sus pesados y herrumbrosos barrotes, distinguíase una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre se cruzó de brazos y se puso á mirar la verja como en ademan de reproche.

No bastándole con mirarla, probó á empujarla fuertemente: la sacudió de firme, pero ella resistió con sólida tenacidad. Era probable que acababa de ser abierta, bien que no se hubiese oido ruido ninguno, lo que no deja á de ser singular tratándose de una verja herrumbrosa: pero estaba él muy convencido de que habia sido abierta y cerrada hacia pocos instantes. Este hecho indicaba que la persona que acababa de hacer uso de aquella puerta poseia, no una ganzúa, sino una llave.

Esta evidencia resaltó en seguida al espíritu del hombre que se esforzaba por sacudir con fuerza la verja y le arrancó esta epifonema indignada:

— ¡Esto no se puede sufrir! ¡una llave del gobierno!

Y en seguida, calmándose inmediatamente, expresó todo un mundo interior de ideas por medio de esta bocanada de monosílabos acentuados casi irónicamente:

— ¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡ta!

Dicho esto, se apostó en acecho detras del monton de escombros, como esperando alguna cosa, á ver si el hombre salia, ó si entraban otros, con la paciente rabia del perro de presa.

Entre tanto, el coche, que arreglaba su propio paso por los movimientos de este hombre, habia hecho alto á su

vez, más arriba de donde él se hallaba, cerca del parapeto. El cochero, previendo una larga estacion, introdujo las bocas de sus caballos en el saco de avena húmedo en la parte inferior tan conocido de los parisienses, á quienes, sea dicho entre paréntesis, suelen ponérsele á veces los gobiernos. Los raros transeuntes del puente de Iéna, ántes de alejarse, volvian la cabeza para mirar un momento estos dos detalles inmóviles de aquel paisaje, el hombre en el ribazo, y el coche en el muelle.

IV

TAMBIEN EL LLEVA SU CRUZ

Juan Valjean habia vuelto á emprender su marcha, sin detenerse ya más.

Esta marcha era cada vez más laboriosa. El nivel de aquellas bóvedas varia; la altura média es de unos cinco piés y seis pulgadas, y ha sido calculada para la estatura regular de un hombre; Juan Valjean se veía obligado á inclinarse á fin de impedir que Marius tropezara contra la bóveda; y á cada instante tenía que bajarse, y despues enderezarse, sin dejar de tocar con las manos, á tientas, las paredes. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado le procuraban muy malos puntos de apoyo, lo mismo para las manos que para los piés. De vez en cuando tropezaba en el asqueroso estiércol de la ciudad. Los intermitentes reflejos de los respiraderos no aparecian sino á muy largos intervalos, y eran tan pálidos,